

DE LAS ANTIGUAS COLECCIONES AMERICANAS AL ACTUAL MUSEO DE AMÉRICA

PAZ CABELLO CARRO
Museo de América

LAS MÁS ANTIGUAS COLECCIONES AMERICANAS

El Museo de América tiene una breve historia de escasos cincuenta años. La de sus colecciones es, sin embargo, más larga ya que se remonta al siglo XVIII. Aunque el coleccionismo americano en España es todavía mucho más antiguo. Veámoslo cronológicamente.

Hay constancia que, en 1572, el virrey de Perú, Francisco de Toledo, propuso a Felipe II que crease en Palacio un museo con manufacturas indígenas. Había por aquel entonces importantes colecciones americanas: Después de los presentes enviados por Colón a los Reyes Católicos, tenemos detalladas noticias de la remisión de varios tesoros indígenas mexicanos. Así, tenemos el primer envío que hizo Cortés al rey con los regalos que Moctezuma le enviara a la costa para que no avanzase hasta el interior de su imperio. Fue en 1519, cuando hundió su flota para que nadie huyera excepto el navío que llevaba su primera carta al monarca y los regalos que le acababan de hacer. Consistían, según el cronista Bernal Díaz del Castillo, en un sol de oro y una luna de plata, en un casco lleno de oro, en muchas joyas en forma de animales, en collares, en un arco con flechas y en algunas varas, todo en oro (Fuentes, 1981: 58). Cuenta otro cronista, Anglería (Muller, 1985: 16), que el tesoro fue contemplado en 1520 en Toledo por todo el que quiso para luego ser exhibido en Valladolid, en la primavera del mismo año, y llevado por Carlos V a finales de verano a Flandes donde, entre muchos otros, lo vio y describió Durero. Como después veremos, debió ser entonces cuando los regaló a su tía Margarita de Austria, por lo que los objetos se quedaron en Malinas dispersándose luego por otros países. Europa había contemplado los tesoros mexicanos y se había quedado con ellos antes que Cortés llegase a Tenochtitlán, la capital del imperio azteca. En septiembre de 1526 Cortés remitió desde la citada capital mexicana más objetos de oro y piedras preciosas indígenas, como collares, cuyas cuentas

eran animales diversos, e incluso lo que parece fue la primera orfebrería indígena copiando la imaginería cristiana (Muller, 1985: 18).

Son menos conocidas las detalladas relaciones de plumajes, oro, plata y joyas que se envían a España, que se conservan en distintos archivos, sobre todo en el de Indias, y que fueron publicadas en 1869 por Torres de Mendoza¹. Se trata de prácticamente las únicas descripciones de objetos indígenas que, por lo relativamente detallado de su inventario, indican que se consideraron objetos de valor, aunque lo más probable es que esta valoración radicara, más que en la belleza, en el alto contenido en oro de las piezas. De estos documentos sólo tiene fecha la relación tributaria, datada en letra el 15 de mayo de 1522, aunque la cabecera del documento indique el 1525. En ella envía Cortés oro fundido y doscientos sesenta objetos. Cuarenta y ocho son de plumería, mantas y vestuario de cuero; cincuenta y tres son joyas de jade y oro en forma de animales, cabezas humanas, veneras, etc.; diez son sólo de oro: una mariposa, dos máscaras y una tiradera o lanzadardos; treinta y ocho son joyas similares hechas en oro bajo. Hay veintiséis piezas de plata dorada: cuatro rodelas, dos de ellas procedentes del botín de guerra de Tenochtitlán y el resto brazaletes y orejeras; una tira de cobre y cuarenta piezas de plata baja. El resto de los documentos carecen de fecha pero puede atribuírsele: hay una relación de regalos que Cortés envió a Carlos V a través de Dávila y de Quiñones. Es sabido que embarcaron rumbo a España el 20 de diciembre de 1522 con regalos y con el encargo de Cortés de conseguir en la corte el nombramiento de Gobernador, ya que se lo habían concedido a otro. Sin embargo esta gestión fue innecesaria puesto que dos meses antes de su partida la Corte había rectificado, nombrándole a él Gobernador. Parece que se trataba de objetos que se guardaban en el palacio de Moctezuma, consistentes en ciento cuarenta y nueve piezas: vestidos, armaduras, rodelas, cimera y adornos hechos, en su mayoría, con plumas. De éstos ciento veintiocho estaban hechos bien en oro o bien con plumas con aplicaciones de oro o con baño de éste: nueve piezas de oro, dos de oro y plata, dieciocho de plata dora-

¹ "Relación del oro, plata é joyas é otras cosas que los procuradores de Nueva España llevan a Su Magestad" (año de 1525). Lleva, sin embargo, al pie del escrito la fecha del 14 de mayo de 1522. En Torres, 1869: 353-361. "Memoria de piezas, joyas é plumajes para Su Magestad desde la Nueva España, y que quedaron en las Azores en poder de Alonso Dávila y Antonio de Quiñones" (sin fecha). En Torres, 1869: 345-349. "Relación de las cosas e oro que van en un cajón para Su Magestad los cuales lleva a cargo Diego de Soto" (sin fecha). En Torres, 1869: 339-344. "Relación de las cosas que lleva Diego de Soto, del Señor Gobernador, ellende de lo que lleva firmado en un coaderno de ciertos pliegos de papel, para Su Magestad" (sin fecha). En Torres, 1869: 349-352. Y "Memoria de los plumajes é joyas que se envían á España, para dar y repartir á las iglesias é monasterios é personas particulares" (sin fecha). En Torres, 1869: 318-329.



1. Vista de una sala con colecciones americanas, anterior a 1936, del Museo Arqueológico Nacional.

da y diecinueve de plumas con oro. Había, además, ciento una rodelas: setenta y cinco de plumas con aplicaciones de oro, seis de oro, dos de plata y oro, y dieciocho de plata dorada.

Hay otras dos relaciones enviadas conjuntamente al rey también sin fecha. En una de ellas se dice que las manda el señor Gobernador. Como Cortés lo fue desde finales de 1522 —debió de saberlo a principios de 1523— hasta su viaje a España a mediados de 1528, la remesa debió hacerse entre esos cinco años. Sumando los objetos de las dos listas hay trescientos dieciocho, ciento sesenta de los cuales son espejos, aparentemente de obsidiana, collares, diversos tejidos y otros adornos de los que no se especifica en qué material estuvieron hechos. Las restantes ciento cincuenta y ocho piezas son joyas y objetos de oro, así como rodelas, penachos y vestidos de plumas con aplicaciones de oro. De ellas setenta y cinco son sólo de este metal: se trata de collares, colgantes y adornos en forma de animales, flores, conchas, rostros —similares éstos a los hechos en jade y otras piedras y engastados en oro—, dos rodelas, dos flautas, dos vasijas, nueve husos con sus torteros, nueve cucharas, un sombrero, una vara y una malla de armadura. Si sumamos los objetos de estas cuatro listas de regalos y tributos enviados al rey obtenemos que, de un total de setecientas veintidós piezas, hay trescientas dos hechas de materiales diversos y cuatrocientas diecinueve de oro o que lo contienen. De estas últimas ochenta y cuatro están hechas sólo en oro, dos son de oro y plata, dieciocho son de plata dorada y trescientas quince son de plumería, con más o menos aplicaciones de oro o bien piedras engastadas con algo de oro, siendo treinta y ocho de oro bajo.

La última lista es una memoria de los objetos de plumería, con aplicaciones de oro la mayoría, enviados a diferentes iglesias, conventos y particulares. Tampoco tiene fecha, pero puede suponersele una cercana a las anteriores. Se refiere a una magnífica colección, aunque de inferior calidad que las reales, compuesta por sesenta y ocho rodelas, capas, vestidos, tocados, abanicos y figuras. De un total de ciento diecisiete piezas ciento tres presentan aplicaciones de oro; en algunos casos se especifica que los adornos son "colorados de oro", lo que podría implicar un oro bajo, aleado con cobre, de color más rojizo que amarillo. En otro documento que informa sobre unas joyas que los indígenas habían dado a Cortés cuando regresó a España, fechado en 1532, se cuenta cómo los mexicanos le habían regalado gran cantidad de joyas indígenas, hechas en oro y piedras, por valor de unos ocho o diez mil pesos de oro. Sin embargo, según el testimonio de un criado, dichas joyas se fundieron, comentando luego que los demás sirvientes de Cortés le habían "quintado" cada uno una parte, dando a entender que se habían quedado con una porción, lo mismo que el rey se quedaba con un quinto como tributo.

Inventarios encontrados en los Archivos Generales del Reino, de Bruselas y en el de Simancas nos muestran una desconocida colección de objetos in-

cas que tenía Carlos V en el castillo de Simancas. Formada en su mayor parte por los vestidos, adornos y atributos de realeza de un Inca entre los que aparece la mascapaicha o borla portada exclusivamente por el soberano, debió ser entregada por un Inca en señal de acatamiento (probablemente por Manco Inca a Pizarro antes de que éste entrase en Cuzco, en 1533) y posteriormente remitida al rey (Cabello, 1994).

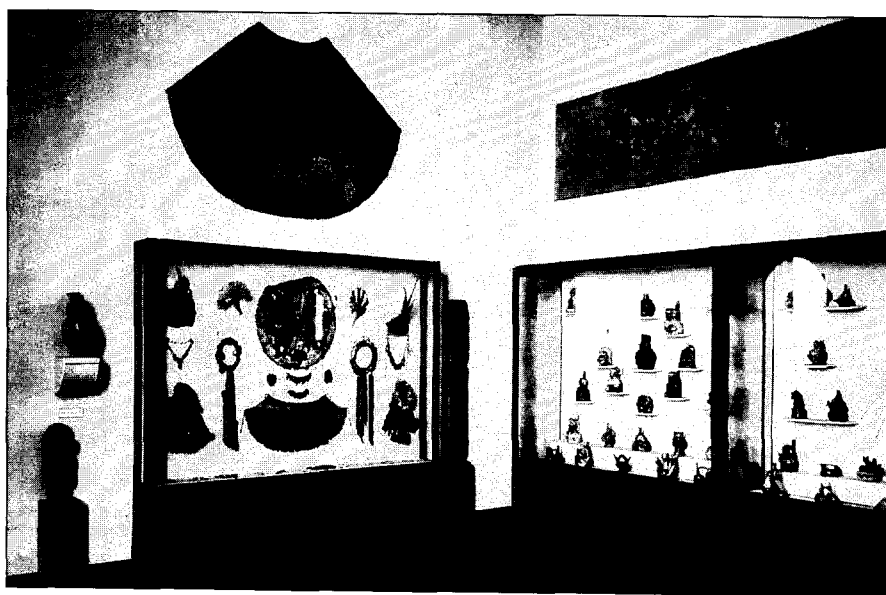
En el inventario de los bienes que Felipe II dejó al morir figuraban algunas mariposas, una cabeza de serpiente, un águila con colgantes y un monstruo, todos en oro, así como otros objetos similares hechos en oro bajo. La descripción concuerda con las listas antes mencionadas, incluyendo las piezas de oro bajo; lo que parece indicar que se trataban de algunas de aquellas joyas mexicanas remitidas por Cortés que se conservaron, probablemente junto con otras y siguiendo las indicaciones del Virrey Toledo, como curiosidades ilustrativas de las posesiones de ultramar². De manera que no es de extrañar que un secretario de la embajada francesa en Madrid escribiera, a mediados del siglo XVII, que los reyes tenían en Palacio tan numerosas colecciones de cuanto había de precioso en las Indias y en otros reinos, que su visita demoraba un día, citando tapices de corteza de árbol, vestidos de Moctezuma y de los incas de Perú, cajas extrañamente trabajadas, espejos de obsidiana y cortinas de lecho hechas de plumas (Bernal, 1980: 131).

El interés de la época por una América sólo accesible por los relatos orales o escritos y por sus producciones fue tal que en casi ningún inventario hecho durante los dos siglos siguientes al descubrimiento faltaban objetos indígenas americanos, como idolillos. Y eso sin contar con los objetos de tipo europeo, hechos en América, como cuadros y tapices con paisajes, hombres y animales de las Indias o cuadros de devoción realizados con plumas³. Debemos tener cuenta que, para el gusto europeo de los siglos XVI al XIX —e incluso hasta bien adentrado el XX—, el arte americano antiguo era, cuanto menos, curioso si no feo o incluso horrible, como atestiguan comentarios y adjetivos usados en algunas ocasiones tanto por los conquistadores y cronis-

² De poco iban a servir al rey y sus cortesanos las joyas, adornos, vajilla y armamento, tanto mexicanos como peruanos. Eran curiosidades que no podían tener más destino que su fundición y reutilización o su inclusión en las colecciones que la nobleza u otras personas con educación y recursos solían poseer —era normal en la época que los orfebres modernizasen joyas y vajillas según cambiaban los gustos y que las joyas y demás orfebrería eran entonces una inversión de capital como no lo es ya hoy—.

³ Diego Hurtado de Mendoza poseía numerosos ídolos de oro precolombinos; figuras y antigüedades similares poseyeron en el siglo XVII el conde de Guimerá, el príncipe de Esquilache o Vicencio Juan de Lastanosa. Sin embargo, ninguno de estos materiales americanos han llegado hasta nuestros días, al menos de una manera pública y conocida (Morán y Checa, 1985: 135).

tas como por algunos científicos de finales del XIX. Esta valoración se mantuvo todavía durante la primera mitad del siglo XX, comenzando el cambio de actitud con la valoración, por parte de pintores de comienzos de siglo primero y de antropólogos después, de algunos objetos primitivos como obras de



2 y 3. Salas del primer montaje del Museo de América, en los años 40 y 50 de este siglo, en su primera sede en el edificio del Museo Arqueológico Nacional.

arte. Por lo tanto, las piezas que atravesaron el océano, procedentes tanto de las altas culturas antiguas como de otros grupos indígenas, lo hicieron como muestras de sus manufacturas.

Sucesivos incendios en los dos palacios reales de Madrid durante los siglos XVII y XVIII, debieron destruir todas las colecciones no pictóricas —que eran las que se consideraban más valiosas—. El de 1734 arrasó tan completamente los Reales Alcázares madrileños que hubo que reconstruirlo, edificando el actual Palacio de Oriente. De hecho, no hay ningún objeto ni documento que permita suponer que alguno de los mencionados objetos se hubieran salvado, excepto las mitras de plumas que se conservan en El Escorial y algunos códices mexicanos. Tampoco los demás materiales americanos de colecciones privadas han llegado hasta nuestros días, al menos de una manera pública y conocida. Es prácticamente imposible rastrear el paradero de las colecciones privadas, entre las que se incluían las personales del rey y su familia. Las testamentarias, regalos, intercambios y compraventas hacían de cualquier colección privada algo efímero y cambiante. Sí se han conservado, sin embargo, objetos coloniales sueltos en manos privadas o de instituciones, así como algún códice antiguo, materiales que, poco a poco, han ido saliendo a la luz.

En Europa se han conservado algunas pocas piezas precolombinas mexicanas recogidas en los primeros momentos del contacto y enviadas a la Corona española y regaladas por ésta a algunos parientes. Así, Carlos V expuso al público el primer tesoro remitido por Cortés en el año 1520 —cuando todavía éste no había llegado a la capital del imperio azteca—, primero en Toledo, luego en Valladolid y, por último, entre el 27 de agosto y el 2 de septiembre, en el palacio de Bruselas. Allí lo vio y lo describió Durero. Debíó dejar el tesoro allí, ya que regaló a su tía Margarita de Austria, en 1523, setenta y ocho objetos mexicanos que ésta conservó en su castillo de Malinas, cerca de Amberes. Dado el pormenorizado inventario y la fecha en que éste se redactó, 1523 y 1524, debían ser una parte de las piezas que Cortés envió justo en aquellos años. Poco después, en 1528, Margarita regaló al duque de Lorena catorce de estos objetos mexicanos y seis al príncipe-arzobispo de Mayence, dispersándose finalmente el resto de la colección a su muerte.

En 1525 Carlos I regaló a su hermano menor, luego archiduque de Austria y emperador de Alemania bajo el nombre de Fernando I, once objetos también mexicanos que, como los anteriores, se suelen atribuir al primer envío de Cortés, aunque por las fechas deben corresponder a otro efectuado en 1524. Esta colección se guardó en el castillo de Ambrás, conservándose todavía algunos pocos atavíos de plumas en el Museum für Völkerkunde de Viena. Otros objetos mexicanos precolombinos —máscaras, cuchillos y un escudo hechos con mosaico de turquesas sobre madera— se guardan en el Museum of Mankind de Londres, en el Luigi Pigorini de Roma y en el Museum

für Völkerkunde de Munich. Igualmente se han conservado en otros museos, como en el Palacio Pitti y en los museos de la plata y mineralógico de Florencia y en el Museo Nacional de Copenhague, algunas piezas sueltas tales como figuritas de piedra y algún lanzadardos, aunque la historia de todos estos objetos es de difícil seguimiento ya que no existe apenas documentación⁴.

GABINETES, COLECCIONES Y EXPEDICIONES DEL SIGLO XVIII

No se quemó, por estar ubicada en un recinto separado de los palacios, la Real Biblioteca o Librería Pública de Madrid fundada en 1716 por Felipe V y que hoy es la Biblioteca Nacional. En ella se conservaron algunos objetos raros y curiosos y, sobre todo, libros, entre los que cabe mencionar una serie de códices mexicanos recogidos a raíz de la promulgación en 1712 de una Real Orden de acopio de libros y códices raros⁵. Otros códices mexicanos obran en la biblioteca de Palacio, de mucho más antiguo origen, y en otras instituciones.

En 1752, Antonio de Ulloa, marino ilustrado que viajó por América interesándose notablemente en los indígenas y en sus antigüedades, creó un Real Gabinete de Historia Natural (Cabello, 1989: 28). Aunque no se sabe qué objetos había en este museo, hay razones para suponer la presencia de materiales americanos; por motivos políticos Ulloa dimitió en 1755, por lo que el Gabinete cayó en el olvido. En 1771, Carlos III fundó otro Real Gabinete de Historia Natural a partir de las colecciones de antigüedades —clásicas, ibéricas, egipcias ...—, de curiosidades, de minerales y de zoología que Pedro Franco Dávila había reunido en París. Por el inventario del gabinete parisino de és-

⁴ Estos datos aparecen en Feest, 1985 y 1986; Laurencich, 1985; Schlosser, 1988; Martínez y Cabello, 1992 y Laurent, 1992. En este último aparecen recogidos los inventarios de las piezas regaladas por Carlos V a Margarita de Austria en 1523 y de las joyas americanas que tenía el emperador Carlos V en 1545, que se conservan en la Biblioteca Nacional de París y en los Archivos Generales del Reino, de Bruselas. También aparece otro inventario, de 1545 y conservado en el mismo archivo belga, de objetos peruanos. Tiene una anotación de 1556 que especifica que los objetos se encontraban en el castillo de Simancas. Esta tercera lista de Bruselas podría corresponderse con alguno de los ya mencionados inventarios de objetos aztecas que publica Torres de Mendoza en 1869, documentos que hoy se guardan en el Archivo de Simancas.

⁵ Real orden de acopio de libros y cosas singulares y raras, de 23 de julio de 1712; y escrito de 9 de enero de 1713 en el que se resume la creación de la Librería Pública y un Decreto de 11 de los corrientes en el que se encarga la recogida de cosas singulares que detalla. Papeles varios de interés americano de la colección Borbón-Lorenzana. T. 65, págs. 147-148. Biblioteca Pública de Toledo. Transcrito en Cabello, 1989: 60-61.

te (Catalogue, 1762) se sabe que en él había objetos indígenas americanos. Las colecciones de este segundo Gabinete ceado en 1771, en el que se incluyeron las piezas del anterior gabinete de Ulloa, han llegado hasta nuestros días a través de una complicada historia que iremos viendo a o largo de este trabajo. El mencionado Gabinete, que tenía materiales de todo tipo, se amplió con diversas colecciones reales de objetos arqueológicos y etnográficos americanos que se habían ido remitiendo y con envíos que se solicitaron a través de reales órdenes de acopio —redactadas por Antonio de Ulloa y por Pedro Franco Dávila—, en las que se especificaba minuciosamente cómo debía recogerse cada tipo de objeto, incluidos los arqueológicos; por lo que, durante el último tercio del siglo XVIII, se ampliaron muy notablemente sus colecciones.

Entre las colecciones que la Corona tenía, antes de la fundación del segundo Real Gabinete de Franco Dávila, destacan dos remesas de unos vasos arqueológicos norperuanos producto de las primeras excavaciones hechas en América. La primera fue realizada de manera anónima en una sepultura cercana a Cajamarca en 1764, obteniéndose unos trescientos vasos y otros objetos. Habiéndose perdido la noticia del hecho, la colección se confundió con la siguiente, de ciento noventa y cinco vasijas de la cultura chimú, que había reunido el obispo de Trujillo, Baltasar Jaime Martínez Compañón probablemente entre 1782 y 1785. Éste había mandado dibujar los objetos rescatados, así como planos de ruinas, en unas ingenuas acuarelas que iban a servir para ilustrar una historia natural de su diócesis y que hoy se encuentran en la Biblioteca de Palacio. El obispo prometió remitir los restantes objetos hallados, una vez los acabasen de dibujar; pero la muerte le impidió cumplir con su promesa, ya que no consta otra remesa posterior (Cabello, 1991 y 1992 a).

Otra colección de notable interés, aunque breve, es la reunida a raíz de las excavaciones realizadas en las ruinas mayas de Palenque, las primeras científicas y bien documentadas con informes y dibujos ejecutadas en América en 1785 y 1787. Hubo tres prospecciones dirigidas a distancia por el gobernador de Guatemala, José Estachería, y por el historiador y fundador del Archivo de Indias, Juan Bautista Muñoz, que vivía en Madrid. En la primera prospección, realizada por José Antonio Calderón, alcalde de Palenque, no se obtuvieron piezas. Sí se obtuvieron de la segunda y la tercera excavaciones, realizadas por el arquitecto Antonio Bernasconi y el capitán Antonio del Río respectivamente, de las cuales existen unas detalladas memorias y dibujos que, fundamentalmente, se conservan en el Archivo de Indias, en el archivo del Museo de Ciencias Naturales y en la Biblioteca de Palacio. En esta colección destaca un bello relieve llamado "Estela de Madrid", que es una de las dos patas del trono de Palenque (Cabello, 1989: 96-109 y 1992 b).

La expedición botánica al virreinato del Perú, hecha entre el 1777 y 1788 por Hipólito Ruiz, José Pavón y una parte del tiempo por José Dombey, reco-



4. Fachada del Museo de América en 1994, que conserva su primitiva disposición.

gió una colección arqueológica; y una interesante colección etnográfica, quizá la primera de la zona que pueda hoy reconstruirse y la única tan antigua de esta índole que se conserva, y otra arqueológica. Las láminas y los herbarios se guardan hoy en el Jardín Botánico. Varios viajeros que llegaron a la entonces inexplorada Costa Noroeste americana, y también a la casi desconocida California, recogieron las primeras colecciones de estos lugares que tienen un gran interés histórico, etnográfico y estético. Alguna de ellas —la hecha por Pérez en 1774— es la más antigua que se conoce. Fueron los navegantes Juan Pérez, Ignacio Arteaga y Juan de la Bodega y Quadra en 1779 y Esteban Martínez en 1789; fueron también el botánico José Mariano Mocino que en 1779 acompañó a Bodega, y la expedición científica comandada por Alejandro Malaspina realizada entre 1789 y 1794⁶.

El obispo de México —1766 a 1772— y luego arzobispo de Toledo, Francisco Antonio de Lorenzana, reunió una breve pero excelente colección de objetos de los indios de Norteamérica, aparentemente de las praderas, una

⁶ En Cabello, 1989, recojo de manera pormenorizada la historia de las colecciones americanas del siglo XVIII, que en una buena parte se debieron a las expediciones mencionadas en este y el siguiente párrafos. También se pueden encontrar en este libro la mayoría de los datos referentes a la historia y acopio de las colecciones americanas durante los siglos XIX y XX, incluida la creación del Museo de América.

de las más antiguas existentes. A la que debe unirse la que había reunido en su gabinete, entre 1740 y 1762, Pedro Franco Dávila, que constaba, entre otras piezas arqueológicas y etnográficas americanas, una serie de objetos indígenas canadienses entonces en pleno descubrimiento y colonización. En los viajes exploratorios al estrecho de Magallanes, Antonio de Córdoba y Dionisio Alcalá Galiano en 1785-86 y los mismos, Ciriaco Cevallos y Cosme Damián Churruca en 1788-89, recogieron piezas e hicieron anotaciones etnográficas. Y en la expedición que, sobre zoología y mineralogía, hicieron en 1794 los hermanos Heuland al Perú enviados por el Gabinete, se obtuvieron objetos arqueológicos. Expediciones como la de Malaspina y otras, recogieron colecciones de diversos lugares de Oceanía, debiendo mencionar por la rareza de los objetos y de la situación en que fueron acopiados, los mantos, capas y cascos de plumas de Hawái —ya había otros cascos similares— aparentemente tomados por Esteban Martínez al capitán James Colnett en la isla de Vancouver durante el conflicto de Nutka en 1789. La misma expedición Malaspina y, sobre todo, el naturalista Juan de Cuéllar remitieron importantes colecciones de Filipinas. Todas ellas se conservan hoy en el Museo de América.

El Gabinete de Historia Natural sólo coleccionó objetos indígenas pre y postcolombinos y no objetos de arte colonial, ya que eran objetos conocidos y de uso en la época, al igual que sus similares españoles de los que muchas veces apenas se diferenciaban, por lo que no eran coleccionables en un museo. Como Gabinete de Historia Natural sólo tuvo algunas pocas piezas consideradas más como curiosidades que como arte, que ilustraban lo que la América de entonces tenía de diferente con la metrópoli. De manera que los materiales se redujeron a seis pequeños cuadros de devoción hechos con plumas; una serie de diecinueve cuadros mexicanos hechos en la época llamados de mestizaje, en los que se muestra las diferentes mezclas de razas humanas; otra bella serie de cinco cuadros de la escuela quiteña del mismo siglo XVIII, de Vicente Albán, en la que se muestran distintos tipos humanos, indios y criollos con sus exóticas vestiduras, con las frutas y animales americanos; cuatro grandes bateas de madera lacada, trabajo típico mexicano, y algún objeto suntuario curioso, como un azucarero de pie y asas de plata y cuerpo hecho con un coco o un fino pañuelo con encajes y dorados, bordado con lana de vicuña, desconocida en España.

CAMBIO DE MUSEO Y EXPOSICIONES AMERICANISTAS EN EL SIGLO XIX

La invasión napoleónica, las sucesivas independencias de las colonias americanas y la conflictiva situación política española, hicieron que, durante toda la primera mitad del siglo XIX, las colecciones americanas no aumenta-

sen y que, museísticamente, se paralizase el Gabinete de Historia Natural, que se dedicó a actividades de docencia e investigación sobre zoología y otras ciencias naturales, pasando entonces a denominarse Museo de Ciencias Naturales, nombre que todavía hoy conserva (Barreiro, 1944). En 1867 se fundó en Museo Arqueológico Nacional al que pasaron todas las colecciones históricas del Museo de Ciencias —es decir, las antigüedades y curiosidades, y no la fauna o minerales—; las de la Biblioteca Nacional —la antigua real Librería de Felipe V, que tenía algunos objetos americanos— (Castellanos, 1847); y las de la Academia de la Historia. Las colecciones americanas estuvieron, y todavía hoy se guardan, en el Museo de América, junto a las de Oceanía y Filipinas, que también habían sido recogidas por naturalistas y en el transcurso de expediciones científicas del XVIII y otras posteriores; estos materiales y los objetos de otros continentes conformaron la Sección de Etnografía (Noticia, 1876; Sala, 1872 b).

Empezó entonces una época muy activa: Se centralizaron colecciones desperdigadas en diversas instituciones, como los objetos de los indios de Norteamérica y otros coloniales de carácter curioso pertenecientes a la colección del infante de Borbón y al cardenal Lorenzana, que permanecían todavía en Toledo (Sala, 1872 a); o, años más tarde, una buena parte de las colecciones del Museo-Biblioteca de Ultramar, que se había creado en 1887 a raíz de una gran exposición sobre Filipinas y otras antiguas colonias, cerrándose muy poco después (Reglamento, 1888; García, 1897; Rodríguez, 1916). Se hicieron las primeras publicaciones científicas sobre las colecciones americanas, siendo de destacar los artículos recogidos en la revista Museo Español de Antigüedades y los datos que aportan las guías del Museo Arqueológico. Se efectuaron las primeras compras entre las que destacan las dos partes del códice maya Tro-cortesiano. Se estimularon numerosas donaciones de particulares y de instituciones, tanto extranjeras, como sucedió con algunos gobiernos americanos en 1892, como españolas, como fue el caso del Museo de Ciencias que había patrocinado la expedición Científica al Pacífico realizada entre 1862-1866 (Barreiro, 1926). Este museo aportó la mayor parte de los objetos históricos recogidos en la expedición, y Marcos Jiménez de la Espada, el americanista más importante del momento, que había participado en la expedición y tenía una colección privada, también la donó; de manera que, de esta expedición ingresaron objetos etnográficos procedentes de las diversas zonas que habían visitado, sobre todo del área amazónica y de Oceanía, así como materiales arqueológicos, fundamentalmente peruanos⁷.

⁷ Una parte de los datos que apor- to los he sacado, además de la bibliografía que reseño y de la que cito en la nota anterior, de los archivos del Museo de Ciencias Naturales y del Museo Arqueológico Nacional.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, época en la que se inician las grandes exposiciones universales, se expusieron varias veces las colecciones americanas. Una primera en las instalaciones provisionales del Museo Arqueológico, con todos los materiales de la Sección de Etnografía mezclados sin tener en cuenta las culturas y cronologías —hay que recordar que entonces no había conocimientos científicos para ello—, deduciéndose de los textos (Rada 1883: Sala 1872 a y b) que debió haber una ordenación similar a la que figuraba en el catálogo hecho 1860 por Florencio Janer (Janer, 1860), en el que los materiales, americanos y oceánicos, se dividían según su función. La segunda exhibición fue la Exposición Americanista que se realizó con motivo del IV Congreso Internacional de Americanistas de 1881. Es interesante observar la pugna que hubo entre la necesidad de ordenar los materiales siguiendo períodos históricos y áreas geográfico-culturales, y el esfuerzo por acopiar una ingente cantidad de materiales relacionados con América. El escaso tiempo de que dispuso la comisión organizadora, las numerosas colecciones públicas y privadas que sacaron a la luz, la disparidad de estas colecciones, el escaso conocimiento que entonces se tenía sobre la historia antigua de América y la casi imposibilidad de asignar los objetos a culturas o a pueblos debido a la carencia de información gráfica que permitiese las comparaciones con otras piezas ya clasificadas en otros museos, hicieron que la exposición fuera un cúmulo poco organizado de materiales. Esto llevó a que la comisión organizadora no se atreviera a publicar un catálogo, lo que hubiera implicado la existencia de un orden clasificatorio, sino tan sólo una gruesa lista de los objetos expuestos (Lista, 1881; Bamps, 1883).

La tercera exposición, la Histórico-Americana, se realizó en 1892 en los actuales locales, entonces todavía no inaugurados, del Museo Arqueológico, y fue la exhibición conmemorativa del Cuarto Centenario (Catálogo General, 1892). En las secciones por países, algunos americanos expusieron colecciones arqueológicas, unas privadas y otras públicas, recién descubiertas que acabaron donando; tal fue el caso de la colección lítica regalada por el gobierno de Estados Unidos; la de arqueología, en general norperuana, con objetos muy diversos ofrecida por Perú. Destaca la colección de ciento veinte piezas de oro que constituyen el Tesoro de los Quimbayas —el conjunto arqueológico más completo y de mayor belleza que haya todavía salido a luz—, donado por el gobierno colombiano (Catálogo, 1893). Se expuso junto a una variada colección de cerámicas arqueológicas cuidadosamente recogida —supuso el primer intento clasificatorio de las culturas indígenas locales, parcialmente vigente— que luego figuró en la exposición de Chicago, en donde luego quedaron como regalo.

Es de suponer que la experiencia de la anterior Exposición Americanista —en la comisión organizadora se repiten muchos nombres y habían pasado sólo once años— influyó en la forma en que España expuso los materiales

americanos. Se evitaron los precolombinos, centrándose en lo que llamaron época postcolombina, que incluía objetos coloniales y de etnografía divididos según los países de origen y no por los coleccionistas como sucedió con la anterior, aunque se indicaba el propietario. El número de objetos presentado por España fue mucho menor que en la anterior ocasión, pero aparecieron clasificados, observándose un primer estudio científico de los materiales (Catálogo, 1892). Es de destacar cómo se mezclaron los objetos etnográficos –los recogidos en el siglo XVIII que ya mencionamos– con los coloniales, sin una diferenciación clara en ciertos momentos, ya que lo que presidía la ordenación eran criterios cronológicos. De alguna manera, los materiales coloniales expuestos eran aquellos que tenían unas características locales que los diferenciaban de sus contemporáneos españoles y americanos –como algunas cerámicas y algunas vírgenes locales– y los que siguiendo la mentalidad, y la colección, del Gabinete del XVIII, mostraban cómo eran los indios americanos y los distintos tipos de mestizos, es decir, los cuadros de mestizaje mexicanos y quiteños que ya vimos, y que se usaban debido a su interés etnográfico. Aunque también figuraron otras colecciones recién ingresadas en el Museo, como la de cerca de mil piezas de cerámica mexicana del siglo XVII donadas por la condesa de Oñate y la serie de ciento veintiséis bellas figuras de cera mexicanas del siglo XIX que mostraban los tipos populares de la época y algunas reconstrucciones históricas. Observamos aquí el momento en que las colecciones virreinales empezaron a formarse y a tomar una cierta identidad, en parte por el mencionado aumento de piezas y por ser ésta la primera vez en que, al aplicar la cronología como criterio organizativo de los materiales, se separaron las colecciones arqueológicas o precolombinas –indígenas anteriores al contacto europeo, que no se expusieron– de las etnográficas –indígenas posteriores al XVI–, materiales que siempre habían sido objeto de coleccionismo y que siempre se habían reunido, expuesto y estudiado juntas como una unidad y como el único exponente de la realidad americana, ya que era lo que ésta tenía de diferente a la europea.

En la exposición permanente del Museo Arqueológico Nacional, inaugurada en 1895 en el nuevo y actual edificio, los materiales americanos se estructuraron siguiendo un orden cronológico elemental: colecciones precolombinas y postcolombinas. Las primeras, tras una sala con reproducciones de esculturas mexicanas precolombinas, se ordenaron por países: Puerto Rico, México, Guatemala, Costa Rica, Colombia, Ecuador y Perú, introduciendo entre las piezas de este último una especie de cuña con objetos sueltos de diversos países. Debido a que la arqueología no había permitido todavía diferenciar las diversas culturas arqueológicas ni hacer cronologías, los materiales precolombinos no estaban subdivididos por culturas, sino por tipos o por funciones, habiendo dos apartados con las dos colecciones im-

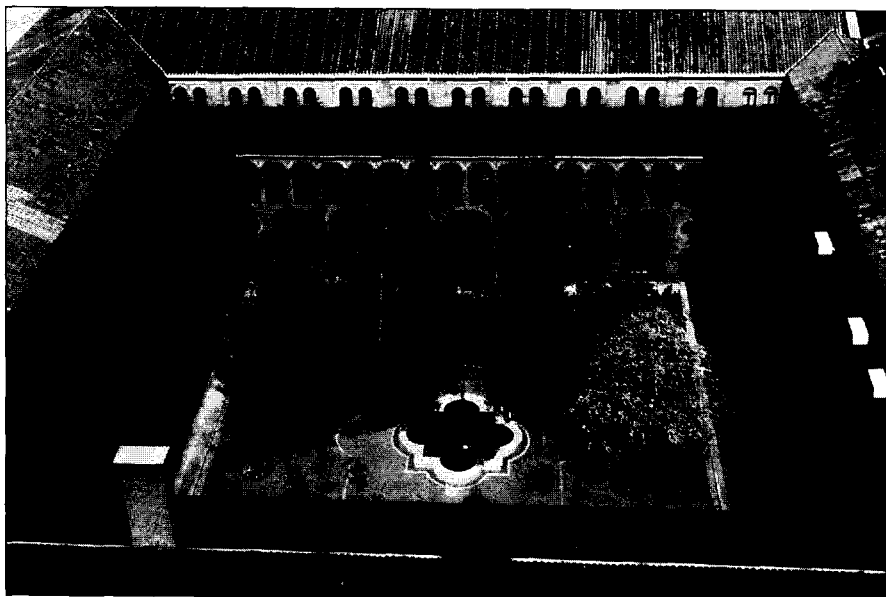
portantes de objetos peruanos arqueológicos: la formada por el obispo Martínez Compañón, a la que le habían asignado gran parte de los objetos recogidos en el siglo XVIII, y la donada por Rafael Larco Herrera. Los materiales postcolombinos estaban constituidos fundamentalmente por objetos de los indígenas de Norteamérica del siglo XVIII, de Sudamérica y por artesanías de diferentes lugares; las ya mencionadas bateas mexicanas, consideradas hoy como arte colonial, se exponían con las artesanías. Las colecciones coloniales, breves, aparecían apenas estructuradas ya que, como sucedía y todavía sucede en Europa, los materiales americanos a coleccionar eran los indígenas; en una sala anterior a las antigüedades americanas, la colección Oñate de cerámica mexicana; adornando las paredes de la sala del tesoro junto a una serie de tapices, figuraban varias series de cuadros enconchados con escenas de la conquista de México y de la vida de la Virgen y un retrato de Pizarro, mientras que la escasa platería colonial figuraba entre su contemporánea europea. En esta sala del tesoro, contigua a las americanas, se exponían, junto a los demás objetos preciosos del museo, los tesoros arqueológicos americanos, entre los que figuraba el códice maya Trocortesiaño (Guía, 1912; Álvarez, 1925).

SURGE EL MUSEO DE AMÉRICA

Debido a la pérdida de las últimas colonias, Cuba, Puerto Rico y Filipinas, en 1898, la sociedad española experimentó un dolido desinterés hacia América y el Extremo Oriente que se reflejó en un amortecimiento general del interés americanista y de esta actividad en el Museo Arqueológico; lo que no impidió que se adquiriesen objetos y se donasen algunas colecciones como la mencionada de Larco Herrera de manera que, tras el ingreso, años después, de una notable colección de cerámica peruana de la cultura nazca y otra inca cuya historia veremos, los materiales arqueológicos centroandinos se convirtieron en los más numerosos y mejor representados del museo⁸.

Pero la generación siguiente cambió, retomando el interés perdido: En 1935, auspiciada por la Academia de la Historia, cuyo presidente Rafael Alta-

⁸ Para las colecciones americanas ingresadas en la primera mitad del siglo XIX y primera del XX, además de los expedientes e inventarios del Museo Arqueológico Nacional, son de gran interés las noticias y artículos que aparecían en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, que en alguna ocasión se denominó Boletín y las Notas Descriptivas de una serie, que en una época fue anual, adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional, impresas como separatas o apéndices de la mencionada Revista.



5. *Patio interior del Museo de América, en torno al que se vertebran las salas de exposiciones, en 1994. Se advierte el claustro o deambulatorio añadido en las obras de reforma de los años 80.*

mira pretendía crear una cátedra de estudios americanistas, se inauguró en el edificio del Museo Arqueológico una exposición de Arte Inca con la numerosa y excelente colección de objetos incas que había reunido Juan Larrea en su reciente estancia en Cuzco; colección que acababa también de exponer con éxito en el actual Museo del Hombre de París (Art. 1933; Arte, 1935; Trimborn y Vega, 1935). Observamos cómo, por primera vez, unos objetos indígenas –los primeros en ser así valorados son precolombinos– son calificados como arte. Recordemos que no es sino hasta bien avanzado el siglo XX cuando se empieza a apreciarse como tal el arte americano indígena, a sistematizarlo a raíz de estudiar los objetos excavados y ordenarlos en diferentes culturas y, por tanto, a codificar sus normas estéticas, normas todavía en proceso de estudio.

Esta exposición de Arte Inca sirvió de catalizador para que, en el Congreso Internacional de Americanistas celebrado entonces en Sevilla, se acordase apoyar la creación de un museo americano. En 1937, ya en plena guerra civil, el gobierno creó el Museo-Biblioteca de Indias. Al igual que el Archivo de Indias de Sevilla, el Museo debía recoger y centralizar toda las colecciones de objetos, de láminas botánicas, de mapas y planos, de documentos que no estaban en el mencionado archivo y de libros, no sólo americanos, sino de todas las antiguas colonias, entonces conocidas como Indias; los centros donantes de las colecciones eran, además del Museo Arqueológico Nacional, el

Museo de Ciencias Naturales, la Academia de la Historia, el Museo Naval, la Biblioteca Provincial de Toledo –los fondos de la colección Borbón-Lorenzana– y el Palacio Real, denominado entonces Nacional porque acababa de perder su titularidad real. Debía convertirse, además, en un centro de investigación. Para apoyar este museo y al constitucional Gobierno de la República entonces en peligro, Juan Larrea donó su colección (Cabello, 1989: 45-49).

La guerra y posterior derrota impidió que el proyecto se realizase, como tampoco el Museo Arqueológico de Indias que había decretado en 1939 el bando contrario, sin que en el decreto se indicase apenas contenido y sin mencionar la anterior disposición. En 1941, el Gobierno de la parte ganadora creó, a manera de una incompleta réplica y sin citar los decretos precedentes, el Museo de América. Siguiendo la línea ideológica del momento, el decreto de fundación exponía que su área de acción era exclusivamente América y su fin patentizar la gesta del descubrimiento y estudiar las culturas indígenas, el arte colonial y la obra misional, de los cronistas y los juriscultos. Las colecciones fundacionales fueron las de la Sección de Etnografía del Museo Arqueológico Nacional; aunque no se citaban las colecciones oceánicas ni el decreto fundacional pretendía abarcar más allá de América, de hecho pasaron al nuevo museo, exponiéndolos, los materiales oceánicos y filipinos, así como una pequeña colección africana (Cabello, 1989: 49-52; Ramos y Blasco: 1979).

En tanto se construía un edificio propio, se instaló el recién nacido Museo en el ala izquierda de la planta principal del Museo Arqueológico Nacional, inaugurándose el 13 de julio de 1944. “En la instalación provisional sólo hay siete salas destinadas a exponer lo más selecto de los fondos prehispánicos y cuatro a los de arte colonial” (Tudela, 1952:36). La idea de un edificio propio para el Museo se inspiró en el mencionado decreto republicano de 1937, conservando la idea de su emplazamiento en la Ciudad Universitaria. En 1943 se encargó el proyecto a Luis Moya y Luis Martínez Feduchi, empezándose la obra el mismo año y acabándose en 1954; aunque no se llegaron a construir algunas partes proyectadas, como los claustros y la esquina noroeste. El nuevo edificio, siguiendo la ideología del decreto fundacional, pretendía sugerir la idea de la labor misionera y civilizadora de España en América, por lo que presenta un estilo historicista, neocolonial, con un arco en la fachada a la manera del de San Esteban de Salamanca, una disposición conventual de las salas de exposición que giran en torno a un claustro y una torre que sugiere las de las iglesias barrocas americanas (Museo, 1944). Unas originales bóvedas, todas diferentes, adornan salas y algunas dependencias, subrayando el carácter historicista y prestando al Museo una especial singularidad y sentido del espacio.

En 1962 se inició el traslado de las colecciones al actual edificio, inaugurándose en 1965 con motivo de otro Congreso Internacional de Americanis-

tas y con una disposición prácticamente idéntica a la que tenía en la anterior sede⁹. La exposición estaba estructurada siguiendo tres grandes divisiones según las colecciones: arqueología, colonial, etnografía y un tema monográfico múltiple: papel de España en América e instituciones. En la planta alta se desplegaban las salas precolombinas en las que se exponía sólo una pequeña parte de estos materiales: peruanos en una ala y mexicanos y centroamericanos en otra; precediendo a esta última estaba la llamada sala del tesoro, con orfebrería precolombina. Tras las salas del tesoro y de arqueología centroamericana se sucedían unos amplios salones de arte colonial cuyas obras estaban dispuestas por temas y según estética. Los temas monográficos aparecían, en la planta alta, en dos salas que conmemoraban a Isabel la Católica y a Colón y el descubrimiento; no tenían piezas originales y estaban en primer lugar, precediendo las salas precolombinas. Los temas monográficos continuaban en una planta inferior, con una gran sala dedicada a las leyes de Indias, a las plantas llevadas a América y las traídas de este continente y a instituciones europeas implantadas por los españoles en América como las universidades, la imprenta, la moneda y su acuñación o la religión. En otro nivel todavía más inferior se visitaba otra gran sala llamada de etnografía donde se mezclaban objetos de la Costa Noroeste con plumería amazónica, estatuas de antepasados filipinos con mantos de plumas hawaianos, una momia peruana con su ajuar con unas cabezas reducidas de los jíbaros, una casita de paja imitando una indígena de lugar no conocido con otra filipina, un vestido de procedencia incierta con un gran tapiz de corteza del siglo XVIII procedente de Tonga. En las escaleras algunas panoplias con armas de todas procedencias, seguían la antigua tradición expositiva de estos materiales. Con el transcurrir de los años se abrieron algunas salas dedicadas a países, como Argentina y Chile, con objetos muy diversos, donados o depositados temporalmente (Fernández, 1962, 1964, 1965; Vázquez, 1971).

Respondiendo a una de las directrices fundacionales del museo, en los años 1940 y 1950 aumentaron notablemente las colecciones de arte colonial que adquirieron por primera vez una entidad propia; diferenciándose así el Museo de América de todos los demás museos tanto europeos como americanos, en ninguno de los cuales aparecen juntas las colecciones de arte colonial con las precolombinas o etnográficas. Ingresó pintura mexicana del XVII y del XVIII de temática religiosa y profana, destacando las series de enconchados con temática religiosa y de la conquista, además de retratos y dos magníficos biombos con escenas costumbristas; escultura quiteña, pintura cuzque-

⁹ Existen algunas fotos de ambos montajes y recuerdo bien la disposición de la exposición en el nuevo edificio, así como los cambios posteriormente introducidos en las salas de exhibición.

ña y otra andina, destacando el cuadro de la entrada del virrey Morcillo en Potosí, de Melchor Pérez Holguín; platería, sobre todo, peruana y, ya en 1961, cabe destacar la donación de Carlos Sanz, de una buena parte de los dibujos realizados durante la expedición comandada por Malaspina a finales del siglo XVIII. También en 1948 se adquirió el códice azteca hecho tras la conquista denominado Códice Tudela. Con el paso de los años continuaron ingresando objetos de pintura y platería colonial; piezas arqueológicas, como una colección de orfebrería costarricense, varias ecuatorianas, una colombiana y otras dos de objetos mexicanos en su mayoría; y materiales etnográficos como algunos amazónicos o de vestidos y máscaras guatemaltecas.

Cuando el Museo de América se inauguró en el actual edificio, le faltaban algunas partes y no se ocupó sino de manera parcial: una orden religiosa vivió durante unos años; una parroquia se instaló en la sala destinada a exposiciones temporales; luego entró el Museo de Reproducciones Artísticas y después el Instituto de Restauración de Obras de Arte, así como la Escuela de Restauración cuando ésta se creó. En 1981 se cerró para completar las obras pendientes, desalojando poco a poco el edificio las mencionadas instituciones.

SEGUNDA ETAPA A FINALES DEL SIGLO XX

Se observa una primera etapa del Museo de América que engloba tanto su instalación dentro del Museo Arqueológico como en su actual edificio en la Ciudad Universitaria. El traslado no afectó a su instalación museográfica, que se repitió sin apenas cambios en su nueva sede, ni a su estructura organizativa interna¹⁰ o a sus fines, que continuaron siendo los mismos: los estipulados en el decreto de creación del Museo en 1941; aunque estos últimos habían empezado a perderse con el transcurso del tiempo, iniciándose una etapa de transición en los años ochenta cuando comenzaron las obras de reforma del edificio.

¹⁰ Como personal técnico contaba, y contó hasta los años ochenta, con un director, un subdirector y un secretario. La primera directora fue Pilar Fernández Vega, desde 1968 Carlos Martínez Barbeitio y desde 1980 hasta 1992, Juan González Navarrete. Fueron subdirectores José Tudela, María Luisa Vázquez de Parga, María Luisa Oliveros y Paz Cabello; ocuparon la secretaría María Luisa Oliveros antes de la subdirección y Concepción García Sáinz. Excepto Carlos Martínez Barbeitio, todos pertenecieron o pertenecen al Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos, por lo que se ocuparon también, en mayor o menor grado y cada uno de manera diferente, de las colecciones del Museo. Desde 1981, González Navarrete, sin invalidar la anterior estructura, introdujo una nueva subdivisión del Museo según sus colecciones, de manera que Concepción García Sáinz se ocupó de las colecciones coloniales y Paz Cabello de las arqueológicas y etnográficas.

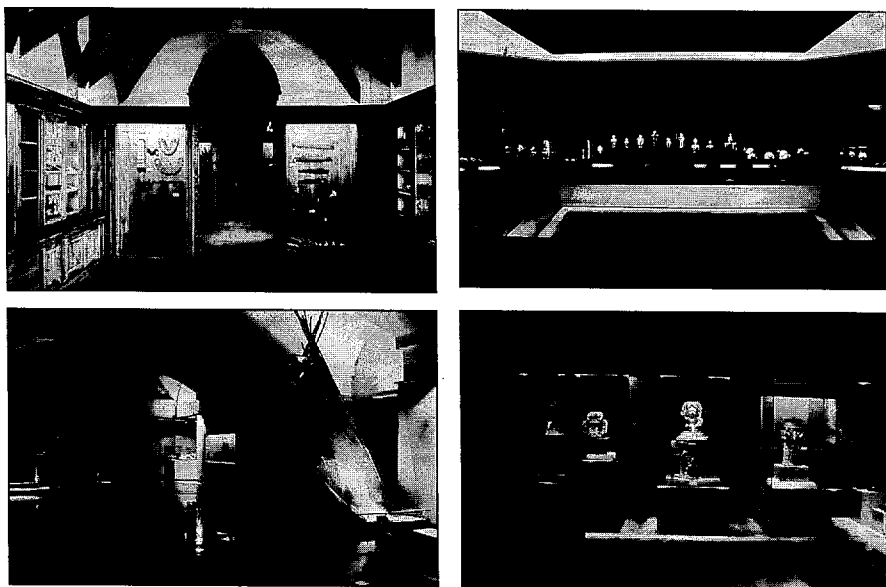
Caracteriza a la segunda etapa, una década de cimentación, de reflexión y de estudio de colecciones en un Museo cerrado en el que se realizan obras de reforma; y luego dos o tres años de arranque con la reorganización interna con unos nuevos fines y los trabajos de montaje que han desembocado en la apertura de las salas de exposición y otros servicios. Esta segunda etapa no está más que cimentada e iniciada, siendo el futuro el que la acabará de definir.

La recuperación del edificio, y por tanto las obras de reforma, fue lenta, ya que las instituciones en él instaladas tuvieron que buscar acomodo y realizar obras de reforma antes de poder trasladarse. Hubo un primer proyecto en el que se duplicaban las salas de exposición reduciendo el jardín interior y excavando debajo de éste salones de actos y almacenes, del cual sólo llegaron a realizarse reformas menores. El segundo proyecto se limitó a completar el diseño primitivo, construyendo los claustros y cerrando la esquina inacabada que, debido a la falta de espacio exterior, en vez de la iglesia originalmente pensada, se construyó una torre baja. El segundo proyecto fue más respetuoso con la idea primitiva de un edificio que recordase una catedral o un convento con su claustro y con las grandes y majestuosas salas de exposición abovedadas como naves de iglesia; en contrapartida, se perdió espacio: tanto lugar para exposición ya que un claustro, por sus dimensiones y por la luz, es un espacio deambulatorio, como la parte subterránea, debiendo ubicar los almacenes y salón de actos en otras partes del edificio. Lo complejo de las modernas instalaciones eléctricas y de climatización, impensables en los años cuarenta, absorbieron una parte importante del edificio¹¹.

Al cerrar al público sus salas de exposición en 1981, el Museo se dedicó a ordenar, catalogar e investigar sus fondos, a publicarlos y a exhibirlos en numerosas exposiciones temporales. El paulatino aumento del personal especializado del Museo hizo que, con el tiempo, se ampliaran y especializaran los campos de estudio y acción del Museo¹²; lo que acabó desembocando en una nueva, y actual, estructura interna con departamentos. El decreto fundacional de 1941 había quedado obsoleto, por lo que el 7 de mayo de 1993 se aprobó el *Real Decreto por el que se reorganiza el Museo de América* que reactualiza los fines y competencias del Museo adaptándolos a la legislación de conservación de patrimonio vigente, y crea, definiendo sus competencias, una serie

¹¹ Alfredo Pérez de Armiñán diseñó el primer proyecto y el segundo Antón Capitel y Consuelo Martorell.

¹² En 1986 entraron como conservadores Salvador Rovira y Mercedes González Amezá y en 1990 Félix Jiménez Villalba y Araceli Sánchez Garrido. Otros técnicos: restauradores, licenciados diversos y ayudantes de Museos, se fueron incorporando al Centro.



6, 7, 8 y 9. *Exposición permanente del Museo de América, abierta en octubre de 1994.*

de departamentos ¹³. Así pues, el Museo está hoy formado por una Dirección y Subdirección y siete Departamentos: además del de Administración, hay tres Departamentos de Investigación que se corresponden con las colecciones del Museo: América precolombina, América colonial y Etnología americana. Y otros tres Departamentos encargados de Difusión, Documentación y Conservación¹⁴.

En 1992 se reabrió la biblioteca en un lugar nuevo, informatizándose las monografías, y se comenzaron a utilizar el salón de actos y las salas de seminarios con diversas actividades que no se han interrumpido. Al año siguiente

¹³ Similares decretos reestructuraron y crearon, respectivamente, los museos Arqueológico Nacional y de Antropología.

¹⁴ En 1992, se jubiló Juan González Navarrete, que fue nombrado director honorario y comisario del montaje de la exposición, accediendo a la dirección la subdirectora y autora de este artículo. En la misma fecha, un año antes de su publicación, el Museo se reestructuró en los departamentos que establecería el Decreto de 1993. De manera que, desde 1992, se ocupó del Departamento de Administración María Luisa Ferrer; del de América Precolombina, Félix Jiménez; del de América Colonial, Concepción García Sáinz; del de Etnología americana, Araceli Sánchez Garrido; del de Difusión, José Luis Jordana; del de Documentación, Mercedes González Amezúa, sustituyéndola luego Nieves Sáenz; y del de Conservación, Salvador Rovira. Sólo cito, y no sin pesar debido a la calidad profesional del resto del personal, los nombres de los jefes de Departamento, que son los que forman el Consejo de Dirección.

salió el primer número de la revista del Museo, *Anales del Museo de América*. En primavera de 1991 el Museo de América recibió el encargo de elaborar un proyecto de montaje de las salas de exposición permanentes¹⁵. Se plantearon entonces dos posibilidades: La ordenación de las colecciones siguiendo un criterio cronológico y una división en grandes áreas geográfico-culturales; es decir, salas arqueológicas, coloniales y etnográficas subdivididas en áreas, como se suele hacer en un museo o en un manual. O bien estructurar la exposición en varios temas monográficos que también dieran una idea de la diversidad de América. La primera era la opción que nunca se había podido llevar a cabo, la que suelen seguir la mayoría de los museos y la que el público entendería fácilmente. Pero, al seguir pautas expositivas ya conocidas, no aportaría ninguna novedad.

La opción segunda de los temas monográficos, más apropiada para una exhibición temporal (siempre breve en el tiempo y en el espacio expositivo y que suele recurrir a objetos dispersos en varios centros) resultaba complicada para el montaje definitivo de un museo como el presente: un centro de gran tamaño y destinado a mostrar el continente americano a europeos y, sobre todo, a los españoles, que suelen desconocer tanto las culturas indígenas como los hechos históricos, incluidos aquellos en los que España intervino. Existían como precedentes dos exposiciones temporales que el Museo había organizado en 1984 y 1986 (Muestra, 1984; México, 1986), época en que éste estaba en obras de reforma.

Se optó por el desafío de los temas monográficos. Debían, entre todos, mostrar la compleja realidad americana; tendrían que basarse en las colecciones del Museo; y el enfoque que presidiría su selección y estructura interna sería antropológico dado que América es estudiada por los mismos americanos a través de esta disciplina. Además, cada tema monográfico, o área expositiva, debía tener una unidad en sí mismo y debía estar en relación con los demás, de manera que el visitante pudiese visitar ordenadamente todo el Museo de principio a fin, una sola área, o bien un grupo de éstas.

Después de algunos tanteos y cambios, se configuró el actual proyecto de montaje con cinco áreas expositivas: *El conocimiento de América*, que trata los mitos a que la desconocida América dio lugar y cómo fue conociéndose la verdadera América a través de los cronistas de Indias, de las expediciones de descubrimiento y científicas, de los gabinetes que guardaban las colecciones de objetos americanos (se reproduce un Gabinete de Historia Natu-

¹⁵ El encargo se formuló después de tomar posesión de su cargo el Director General de Bellas Artes y Archivos, José María Luzón. El anterior Director había proyectado la conversión del Museo en un Instituto de América con una actividad museística secundaria y encargado los estudios previos a una comisión ajena al Museo.

ral del XVIII usando piezas que ya estuvieron en el Real Gabinete de Carlos III), y la cartografía. *La realidad de América* explica cómo es este continente a través de una espectacular maqueta, como se pobló con distintas razas hasta llegar al actual mosaico poblacional; y cómo se desarrollaron sus culturas dando una rápida visión histórica. A continuación, viene un gran capítulo doble, *La Sociedad*, que explica los distintos tipos de sociedades que, hasta casi nuestros días, han coexistido siempre en América: en *las sociedades igualitarias*, que está precedido por una introducción sobre el hombre y su ciclo vital, se explican las organizaciones evolutivamente más primitivas de bandas y tribus, mostrando las formas de vida cotidiana a través de reproducciones de sus viviendas; en *las sociedades complejas* se exponen las sociedades de jefaturas y los Estados, incluyendo tanto los precolombinos como el moderno colonial, y explicando sus formas de vida, su economía, y estructura social y política.

En el área de *la religión* se exponen las divinidades, los espacios sagrados, los mitos, los especialistas religiosos como sacerdotes y chamanes; los distintos tipos de ritos, funerarios, de fertilidad..., así como los objetos sagrados; todo ello referido tanto al mundo indígena como al europeo. En *la comunicación* se explican las pictografías, los tipos de escritura y calendario precolombinos y la traslación de estos conocimientos tanto al castellano como a sus lenguas originarias en caracteres latinos; y sobre las distintas lenguas, indígenas y europeas, así como los papeles que éstas jugaron (Museo, 1994).

Una vez la estructura general estuvo clara, se repartieron las cinco áreas entre cuatro conservadores que escribieron el guión y eligieron las piezas de cada área. Reuniones continuas durante todo el tiempo entre el equipo del Museo (como museólogos) con los diseñadores Macua y García Ramos (como museógrafos) consiguieron la actual exposición permanente; la obra física del montaje, la ejecución de maquetas y vídeos sobre un guión ya solicitado, la realizó la Unión Temporal de Empresas Entorno, Empty y La Navarra que, a su vez, hizo encargos a otras empresas para realizar audiovisuales, reconstrucciones y maquetas.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ÁLVAREZ OSORIO, Francisco

1925 *Una visita al Museo Arqueológico Nacional*. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.

ART

1933 - *des Incas. Catalogue de l'Exposition de la collection J.L. au Palais du Trocadero*. Musée d'Etnographie. Museum National d'Histoire Naturelle. Paris.

ARTE

1935 – *peruano. Colección Juan Larrea. XXVI Congreso Internacional de Americanistas. Madrid.*

BAMPS, Anatole

1883 *L'Exposition d'antiquités américaines ouverte à Madrid a l'occasion de la 4e. session di Congrès International d'Americanistes. Typographie Ve. Ch. Vanderauwera. Bruxelles.*

BARREIRO, P. Agustín Jesús

1926 *Historia de la Comisión Científica del Pacífico (1862 a 1865). Museo Nacional de Ciencias Naturales. Madrid.*

1944 *El Museo Nacional de Ciencias Naturales. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Ciencias Naturales "José Acosta". Madrid.*

BERNAL, Ignacio

1980. *A history of Mexican Archaeology. The vanished civilizations of Middle America. Thames and Hudson. London.*

CABELLO CARRO, Paz

1989 *Coleccionismo americano indígena en la España del siglo XVIII. Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid.*

1991 "Las colecciones peruanas en España y los inicios de la arqueología andina en el siglo XVIII". *Los Incas y el antiguo Perú. 3000 años de Historia. Sociedad Estatal Quinto Centenario y Lunweg Editores, S. A. Madrid.*

1992a "La Corona y el coleccionismo americano". *Reales Sitios. Revista de Patrimonio Nacional. Año XXIX, No. 112. Madrid.*

1992b *Política investigadora en la época de Carlos III en el área maya. Descubrimiento de Palenque y primeras excavaciones de carácter científico. Eds. de la Torre, Madrid.*

1994 "Los inventarios de objetos incas pertenecientes a Carlos V: Estudio de la colección, traducción y transcripción de los documentos". *Anales del Museo de América. Madrid.*

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián

1847 *Catálogo del Museo de Antigüedades de la Biblioteca Nacional de Madrid. Imprenta de Sanchiz. Madrid.*

CATÁLOGO

1892 "– de los objetos que presenta la nación española a la Exposición Histórico Americana de Madrid. II. Época postcolombina. Objetos presentados por el Museo Arqueológico Nacional y otros expositores". *Catálogo General de la Exposición Histórico Americana de Madrid, 1892. Tip. Sucesores de Rivadeneyra. Madrid.*

CATÁLOGO

1893 – *de los objetos que presenta el Gobierno de Colombia a la Exposición Histórico Americana de Madrid. Madrid.*

CATÁLOGO GENERAL

1892 – *de la Exposición Histórico Americana de Madrid, 1892. Tip. Sucesores de Rivadeneyra. Madrid.*

CATALOGUE

1762 – *système et raisonné des curiosités de la nature et de l'art qui composent le Cabinet de M. Davila, avec figures en taille duce, de plusieurs morceaux qui n'avoient point encore été gravés. 3 vols. Ed. Chez Briesson, rue Saint-Jacques a la Science. Paris.*

FEEST, Christian

1985 "Mexico and South America in the European Wunder-Kammer". En: O. Impey y A. MacGregor, *The origin of Museums. The Cabinet of curiosities in Sixteenth and Seventeenth-Century Europe*. Clarendon Press.

FERNÁNDEZ VEGA, Pilar

1962 "El Museo de América". *Separata de la Cátedra "Fernando el Católico". Memoria del Curso 1961-62*.

1964 *Guía sintética del Museo de América*. Dirección General de Bellas Artes. Ministerio de Educación Nacional. Madrid.

1965 *Guía del Museo de América*. Dirección General de Bellas Artes. Ministerio de Educación Nacional. Madrid.

FUENTES MARES, José

1981 *Cortés el hombre*. Ed. Grijalbo. Mexico.

GARCÍA LLANSO, Antonio

1879 *El Museo-Biblioteca de Ultramar*. Tipolitografía de Luis Tasso. Barcelona.

GUÍA

1912 - *histórica y descriptiva del Museo Arqueológico Nacional*. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.

JANER, Florencio

1860 *Historia, descripción y catálogo de las colecciones histórico etnográficas, curiosidades diversas y antigüedades conservadas en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid*. Manuscrito. Museo de América, Madrid.

LAURENCICH MINELLI, Laura

1985 "Museography and Ethnographical Collections in Bologna during the Sixteenth and Seventeenth Centuries". En: O. Impey y A. MacGregor, *The origin of Museums. The Cabinet of curiosities in Sixteenth and Seventeenth-Century Europe*. Clarendon Press.

LAURENT, René

1992 *1492-1992 Évocation de la conquête de l'Amérique espagnole au XVIe. siècle. Commémoration du cinquième centenaire du premier voyage de Christophe Colomb en Amérique*. Archives Générales du Royaume, Publ. 1622. Bruxelles, 1992.

LISTA

1881 "- de los objetos que comprende la Exposición Americanista". *Congreso Internacional de Americanistas*. Madrid.

MARTÍNEZ de la TORRE, Cruz y CABELLO CARRO, Paz

1992 "El arte precolombino y su incidencia en Europa". *Influencias artísticas entre España y América*. José Enrique García Melero, coordinador. Editorial Mapfre. Madrid.

MORÁN, Miguel y CHECA, Fernando

1985 *El coleccionismo en España. De la cámara de maravillas a la galería de pinturas*. Ed. Cátedra. Madrid.

MÉXICO

1986 - *Antiguo*. Museo de América. Ministerio de Cultura. Madrid.

MUESTRA

1984 - *de Cultura Precolombina y Colonial*. Complejo cultural de San Francisco, Diputación Provincial. Cáceres.

MÜLLER, Priscilla

1985 "The old world from the new". En: E. Jones, *The arts of precolombian gold. The Jean Mitchell Collection*. Weindenfeld and Nicolson. London.

MUSEO

1944 - *de América. Guía de su instalación provisional*. Ed. Blass, S. A. Madrid.

MUSEO

1994 - *de América*. Ministerio de Cultura. Madrid.

NOTICIA

1876 - *histórico-descriptiva del Museo Arqueológico Nacional*. Publicada siendo director del mismo el excelentísimo señor don Antonio García Gutiérrez. Imprenta de T. Fortanet. Madrid.

RADA Y DELGADO, Juan de Dios

1883 *Catálogo del Museo Arqueológico Nacional*. Imprenta de Fortanet. Madrid.

RAMOS, Luis y BLASCO, Concepción

1979 "Gestación del Museo de América". *Cuadernos Prehispánicos*, No. 7. Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid. Valladolid.

REGLAMENTO

1888 - *orgánico del Museo Biblioteca de Ultramar*. Edición Oficial. M. Minuesa de los Ríos, Impresor. Madrid.

RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco

1916 *Archivos, Bibliotecas y Museos Arqueológicos de España que está a cargo del cuerpo facultativo del Ramo*, vol. II. Sección Museos. Imprenta de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.

SALA, Juan

1872a "Las nuevas salas de la sección de Etnografía". *Museo Español de Antigüedades*. T. I. Madrid.

1872b "Ojeada sobre la sección etnográfica del Museo Arqueológico Nacional". *Museo Español de Antigüedades*. t. I. Madrid.

SCHLOSSER, Julius

1988 *Las cámaras artísticas y maravillosas del renacimiento tardío. Una contribución a la historia el coleccionismo*. 2.^a edición corregida y aumentada. Ed. Akal. Madrid.

TORRES DE MENDOZA

1869 *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía sacados de los archivos del reino, y muy especialmente del de Indias*. T. XII. Imprenta de J. M. Pérez. Madrid.

TRIMBORN, Herman y FERNÁNDEZ VEGA, Pilar

1935 *Catálogo de la exposición de arte Inca (Colección Juan Larrea)*. Biblioteca Nacional. Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.

TUDELA DE LA ORDEN, José

1952 "El Museo de América". *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*, No. 7, octubre. Madrid.

VÁZQUEZ DE PARGA, María Luisa

1971 "Museo de América". *Museos de Madrid*. Madrid.

ESTUDIO DE LOS CRITERIOS DE ACOPIO, CLASIFICACIÓN Y CATALOGACIÓN DE LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS DEL MUSEO DE AMÉRICA DE MADRID

FÉLIX JIMÉNEZ VILLALBA
*Subdirector
Museo de América, Madrid*

INTRODUCCIÓN

Las colecciones arqueológicas que hoy se encuentran en el Museo de América de Madrid, son el resultado de varios siglos de trabajos y vicisitudes, que abarcan tanto la época colonial como la posterior a su independencia. A lo largo de esta exposición trataremos de hacer un análisis de cuáles han sido los condicionantes históricos y culturales, científicos y políticos que, a lo largo del tiempo, han ido configurando estos materiales. Abarcan todas las áreas geográficas y las culturas americanas más importantes, proporcionando un panorama de sus aspectos más significativos. Lógicamente no todas están representadas de igual forma y, en muchos casos, la desigualdad resulta notoria. Estos problemas de desequilibrio, que se han intentado solucionar en los últimos años, se han debido a diferencias históricas en los criterios de acopio, clasificación y catalogación de las colecciones.

Aunque en Europa los materiales arqueológicos americanos han sido separados tradicionalmente de los del "viejo mundo", y de hecho no suelen encontrarse en Museos Arqueológicos o de Bellas Artes, sino en los Antropológicos o Etnológicos, sin embargo, el tratamiento que han recibido desde el punto de vista teórico ha sido muy similar. Los investigadores que nos hacemos cargo de estos materiales solemos considerar que, con los objetos a nuestro alcance, es posible proporcionar a los visitantes una imagen completa y objetiva de las culturas que intentamos mostrar. Naturalmente, un planteamiento así evita muchos problemas y se ajusta a las exigencias tradicionalmente aceptadas por la comunidad científica internacional, pero en muchos casos nos vemos obligados a establecer una serie de "objetivos culturales" muy difíciles de alcanzar desde esas premisas.